

# Beltz<sup>1</sup>

(El perro negro)

---

<sup>1</sup> Beltz. Traducción del Euskera (vasco). Negro

# 1

A menudo la gente se inventa historias y estas a fuerza de ser repetidas se convierten en sólidas verdades, son tan increíbles como alucinantes.

Esta historia me lleva hasta recuerdos que debieron ser del todo felices: mi primera infancia, donde la ficción resulta ser verdad, y las verdades deseábamos que fueran amargas mentiras.

Tito fue sin lugar a dudas el mejor amigo en mi niñez, tendría en ese tiempo doce años, ambos éramos de la misma edad, incluso la fecha de nuestro nacimiento coincidía, muchas veces dijimos que éramos gemelos con distinta madre.

Era bajo para su edad, de una delgadez extrema, a menudo se me figuraba la llama de una vela que se movía con el viento y diera la impresión que se apagaría así, sin más ni más.

Los pómulos de su cara se acentuaban por el color blanco de su piel, algunas pecas distraídas se habían quedado a vivir ahí y otras más emigraron hasta la planicie de su frente, sus ojos azules parecían siempre tristes y eran enmarcadas por leves ojeras. Si el color de su cabello no hubiera sido como la paja, tal vez le hubieran dado una apariencia menos monocromática.

Tito nunca fue un niño medroso -cohabitaba con el miedo- el terror estaba en su casa cada que el padre llegaba borracho, entonces el infierno se hacía

presente, que le iban a asustar las historias descritas con especial énfasis por el cura del pueblo que obligaba a refugiarse en el temor a Dios a los parroquianos.

En cuestiones de terror su padre se las sabía de todas, todas, su creatividad no tenía límite para los castigos, compaginaba: azotes, cocotazos dados con los nudillos –que dejaban singulares chichones con forma de pequeños volcanes-, castigos corporales, y cuanto se le venía a su cabeza pérdida entre los vapores del alcohol. Creo que la creatividad y diversidad de las penas impuestas a Tito, radicaban en la falta de temor del padre para lastimarlo.

Su sola figura ya inspiraba miedo, hombrón de amplia hechura, daba la impresión de ser un leñador fugado de un bosque encantado, en contraste con la mirada lánguida de Tito, la del padre parecía taladrar a quien lo miraba –Su mirada era como la mosca prieta, donde caía, pudría-, su cara cuadrada siempre con ese ceño adusto que infundía más miedo que respeto, no recuerdo haberle visto nunca una sonrisa dibujada en su rostro –Además no fue diseñado para ello- El color negro de su cabello remarcaba la dureza de sus facciones. A su lado, Tito era una especie de marioneta desmañada y proclive a romperse.

Solo eran ellos dos, la madre de Tito había muerto siendo él aún muy pequeño, ese parecía ser el motivo principal por el cual su padre siempre estaba enojado y tomaba, en lo más álgido de su borrachera gritaba con singular dolor en su voz- ¡Amaliaaaa! -, y no decía nada más.

Su abuelo Ferrán murió cuando Tito tenía ocho años, ocurrió en forma tan repentina que la gente no asimilaba a creer que un hombre con Ferrán pudiera sucumbir a los embates del tiempo. Los comentarios se polarizaban, pero dominaban aquellos que aseguraban que la tristeza por ver a su único hijo consumirse en el alcohol y el amor que este le negaba a su nieto eran las causas principales.

- ¡Abuelo mi papá no me quiere! si no fuera por ti él ya me habría molido a golpes, siempre está regañándome y me dice que mi mamá podría estar viva a no ser por mí. ¡No me quiere abuelo! Y el niño se refugiaba entre los brazos del abuelo que sentía las penas de su nieto llegar hasta los últimos confines de su corazón y anidarse con tal firmeza que dolían en forma permanente.

- Mira él es un hombre enfermo, antes era muy diferente, pero la muerte se llevó a tu madre y de paso, se llevó el alma de tu padre, dejándolo como si estuviera muerto en vida, solía decirle don Ferrán.

Es verdad la complexión física de don Ferrán distaba mucho de aparejarse a su hijo, pero sin lugar a duda su figura no pasaba inadvertida, en su juventud debió tener un cuerpo atlético, ciertas reminiscencias se apreciaban aun en el robusto viejo, su carácter fuerte mantenía a raya el temperamento volátil de Hartz, su hijo.

De hablar fácil, su marcado acento, reminiscencias del euskera que ya no solía utilizar muy a menudo y sus ademanes un tanto teatrales le ganaban siempre, adeptos.

La gente le respetaba y le temía, no sabían cuánto de cierto había en las historias que de él se contaban, y el perro negro siempre a su lado contribuía a darle un aura un tanto mística. Lo cierto es que Ferrán y su perro parecían formar una historia conjunta, los más viejos que lo conocían señalaban que ambos habían llegado juntos procedentes de España cuando Ferrán era un joven en plenitud de vigor y fuerza física. Viendo al padre y al abuelo, seguramente Tito habría heredado el cuerpo de suspiro, de su mamá.

- No estés triste hijo, mientras yo viva, ni él ni nadie te hará daño; y cuando yo me haya ido, *Beltz* velará por ti. ¿Verdad que sí *Beltz*? Y el perro negro movía la cola y ladraba alegremente.

*Beltz*, como lo llamaba el viejo, era un mastín con mayor alzada de lo normal, Tito y yo en ocasiones subíamos en él y patrullábamos las calles del pueblo sin que el animal pareciera resentirlo, en cierta ocasión el perro nos llevó hasta las mismas puertas de mi casa, mi padre al vernos montados sobre el lomo negro del imponente animal se precipitó al interior, salió armado de una polaroid que se utilizaba para las ocasiones especiales, apuntó hacia nosotros y nos tomó dos fotografías, nuestra risa había quedado capturada en el pedazo de papel para siempre, como recuerdo de los días felices de nuestra infancia.

*Beltz* a pesar de los muchos años que debía tener conservaba la gallardía de sus mejores días y su bravura se mantenía intacta, nadie sabía a ciencia cierta qué edad tenía, lo que si era seguro era que había superado con creces las expectativas de vida para un perro, su aire era realmente fiero, su hocico achatado y las orejas ligeramente caídas, señalaban un legado genético de clase, su característico ladrido resonaba en su pecho como si tuviera una caja de resonancia. ¡Era un perro con una estampa épica!

*Beltz*, bien conocido en el pueblo por ser la sombra permanente de don Ferrán infundía real temor, el viejo hizo correr la voz que el perro era un regalo de la muerte, por favores hechos en el pasado, no añadía más a esta historia. Cuando paseaban por la noche, no faltaba quienes se santiguaran al verles.

Cuando salimos de la primaria, pensaba con regocijo, iremos a presentar el examen en la Escuela federal, ahí estarán todos nuestros amigos, pero *el gozo se fue al pozo*, su papá ya había decidido por él, -fiel a su costumbre- y eligió una escuela que distaba unos tres kilómetros desde su casa, y para mejorar las cosas en el turno vespertino -De un plumazo se aseguraba que Tito no anduviera con “esa bola de vagos” que lo echaban a perder-, de ahí que su hora de entrada fuera a las dos de la tarde y la salida hasta las ocho de la noche.

Mis otros amigos y yo por supuesto iríamos al turno matutino y a escuelas más cercanas, no podíamos creer la canallada que había sufrido Tito.

- Tu padre sí que está loco. Le dijo un asombradísimo Marcelo.

- Pues así se libraré de ti por las tardes –dije con cierta perfidia-. Me miró con esa forma triste que tenía de ver a la gente, haciéndome sentir miserable. Los ojos de Tito tenían la particularidad de dejarte en una situación de magnificar culpas.

- Lo siento. Me excusé algo perturbado.

- Después de todo tienes razón, pero para él será un alivio no verme por las tardes, y cuando llegue de la escuela es muy probable que ya se encuentre dormido, como ves no esta tan mal la cosa -Tito sonrió con cierta pena-.

Marcelo se despidió y se fue corriendo por el camino viejo para llegar más pronto hasta su casa.

- ¿En qué piensas Tito? Le pregunté al verle abrumado como si sus pensamientos se hubieran ido muy lejos dejando olvidado su cuerpo.

- Pensaba en mi abuelo, desde que el murió, mi padre toma cada vez más, mi abuelo Ferrán era quien me cuidaba, desde que ya no está siento como si una

bola se me hubiera quedado atorada por dentro y ¡Siento mucha rabia y ganas de llorar! Por un momento imaginé que los ojos de Tito se derretían y se convertían en agua, verlo así me causo gran pesar, sin pensarlo dos veces pasé mi brazo por encima de sus hombros, no era necesario decir nada ¡Tito no era mi amigo, era mi hermano!